LA PRIMAVERA DE UN SUEÑO

Hermes Tovar Pinzón
Bogotá, abril 5 de 2002

a Jorge Palacios Preciado

Mientras Colombia cultiva cruces y miles de compatriotas luchaban por apurar la vida con las armas, desde la provincia lejana Jorge Palacios Preciado, el amigo común, cultivaba ideas esperanzadoras sobre cómo ofrecerle a la nación un lugar para el luto, el duelo y la paz. El quiso hacer de los archivos históricos, espacios para el encuentro, la conciliación y el diálogo de pobladores y poblaciones de todos los rincones del país.

Desde entonces, ha luchado para que cada operación comercial, cada acto de la vida de los colombianos, cada memorial y protesta ciudadana y cada documento que emite la administración pública sean textos esenciales para la vida. Y qué puede ser la historia sino los tiempos de cada generación con sus ilusiones, afectos y desamores.

Ante los odios, la agresión y la criminalización de la política de nuestros tiempos, se propuso congregar la memoria dispersa en la perplejidad de millones de ciudadanos. Ha tratado de sacar de las cenizas las raíces de la casa, de la comunidad, de los gremios, de las fábricas, del Ministerio Público, de las organizaciones populares y de las incertidumbres para que otras generaciones construyan con textos optimistas o desesperanzados el modo como han afrontado tiempos en que la represión funda la organización del Estado y los nuevos derechos de ciudadanía. Documentos que darían fe de un país sin confianza en la Ciencia y el Saber, ajeno al potencial de sus recursos, de espaldas a las alternativas del desarrollo pero cada vez más comprometido con el juego de la confrontación armada como único camino de reconciliación. Un país sin horizonte capaz de agobiar aún en la distancia, el corazón, el amor y la ilusión.

El Archivo General de la Nación ha sido la respuesta a las voces silenciosas y desamparadas de Colombia. En él se ha fortalecido su memoria rodeada de tragedias para que un día la paz encuentre en su catedral de rumores y gestos los fundamentos de una nueva estética, de más historia de la ciencia, de mayores elementos para fabular y de nuevos motivos para el arte y la arquitectura. Porque el Archivo General de la Nación no es un foso de

olvidos sino de presencias fantasmales capaces de desafiar la poesía, la estética, el diseño, el arte de narrar y de saber sobre los límites de todas las ciencias y sus posibilidades frente a la verdad y a nuestra verdad. El Archivo General de la Nación que soñó Jorge Palacios no es sólo su forma sino su poder de convocar la inteligencia nacional a vivir a fondo todos los infiernos de nuestro carácter y personalidad. El ha pensado este lugar para conciliar el presente y el pasado y que sea para muchos de sus conciudadanos la patria del exilio temporal y eterno. El Archivo General de la Nación debe contribuir a fortalecer el futuro y la paz de Colombia.

Estas inquietudes, más la historia colonial se convertirían en luminosa fuente de dolor al articular los tiempos de las pestes, los asaltos, las mutilaciones y los ejercicios de torturas a ciclos de economías exportadoras y a equivocaciones políticas que han terminado por negar nuestro derecho a compartir una historia y un destino común. Los traumas locales unidos al desgarramiento del mundo con sus guerras de expansión y descolonización, de hegemonías y mercados, con sus prácticas unilaterales y su eterno retorno a la "guerra justa", empujaron a Jorge Palacios a pensar en el sentido de la Historia, y sobre todo en lo que tal reflexión podría significar para Colombia.

Desde ahí, con los sacos de su infancia y con las leyendas de su pasado, con sus huertos de frutas nativas, entre tapias pisadas o de adobe, entre los tonos de todos los verdes y la música que llevan los aires con sus fríos de páramo y de tierras altas, Jorge Palacios asimiló las primeras lecciones de Historia de Colombia mientras la pizarra de su plaza provinciana se llenaba de palabras, dibujos y buhoneros. Con sus calles y caminos hechos de barro y polvo, bajo los ojos furtivos de ventanas viejas y con el camino de campesinos embalsamados en ruanas de silencio, llegó a la Universidad Nacional de Colombia buscando siempre, más allá de su mirada, comprender las pinturas enloquecidas del pasado. El mundo de Paul Rivet no fue suficiente, ni las teorías de Ameghino ni Hrdlicka. Para darle un nuevo horizonte al saber, fue necesaria la pasión por Summer y Assur, por Egipto o la India y recavar Zigurats, pirámides, o ruinas como Mojenjo y Chanchu Daro. Así, entre países exóticos, escrituras cuneiformes, ideogramas y lenguas clásicas tejía la vida académica en las aulas universitarias. Todo ello entre proclamas, proyectos, idearios, pasiones y alegatos que apenas servían para articular la enseñanza de la historia con su tiempo largo.

Eran los años de 1960 y nuestra América se diluía en el eurocentrismo y en una revolución de ideas que valoraban sus posibilidades. Para los estudiantes era necesario apuntalar la lucha hacia la profesionalización de

la Historia. Sabíamos, como la teoría de la Dependencia lo demostró después, que sin el conocimiento profundo de la Historia no habría futuro ni perspectivas de reflexión, transformación y cambios políticos. Esa fue su lucha y tal vez su primer éxito: haber visto materializado un sueño estudiantil que proclamaba la enseñanza de la Historia como una profesión autónoma. Esta fue una conquista estudiantil, no cualquier conquista, pues su fuerza venía desde muy lejos y tendría efectos vitales para el país. La Universidad Nacional de Colombia debe sentir orgullo que allí se gestó y formalizó una profesión (1962) que 40 años después no sólo ha renovado la enseñanza y la investigación sino ante todo, que uno de sus discípulos haya hecho posible la existencia del Archivo General de la Nación, los estudiosos de la Archivística como una profesión complementaria y la gestación y desarrollo de la Ley General de Archivos. Por fortuna hoy comprendemos lo que este esfuerzo ha significado para la preservación de nuestras raíces, fundamento de nuestro orgullo, dignidad y grandeza, a pesar de las amenazas que se ciernen sobre los patrimonios espirituales.

Cuando Jorge Palacios llegó al llamado Archivo Nacional en un día de los años setenta encontró 10 ó 15 mil volúmenes, unos al servicio de los investigadores y otros aún cubiertos por el polvo secular. Había también una mapoteca compuesta por 3000 piezas. Hoy, un cuarto de siglo después, gracias a su pasión, el Archivo Nacional se convirtió en el Archivo General de la Nación con más de 44.000 volúmenes y 10 mapotecas con más de 5.000 mapas sin contar los 36.000 planos y dibujos transferidos por el Instituto Nacional de Vías, los cuales han sido organizados, catalogados y guardados con el afecto con que se acuesta a un niño. Es decir, que el Archivo General de la Nación ha triplicado su base informativa a más de que reposa en él un fabuloso universo de imágenes. No sólo se acumula, sino que se ha usado todo tipo de técnicas en un esfuerzo por hacer más accesible a los investigadores la maravillosa colección documental que conserva.

A todo ello debemos unirle el fondo fotográfico y los proyectos de tener videos, en un esfuerzo de integrarlos a la imagen escrita. Así los colombianos del futuro podrán construir rostros y ambientes y delatar estadísticas, en función de textos que pueden ser compartidos y confrontados con imágenes. No se trata de un crecimiento ampuloso de almas muertas. ¿Acaso está muerta la confabulación de los sentidos para buscar el cuerpo en un grito de rebeldía contra las normas de la ley y de la iglesia, en el siglo XVIII? Y todos esos soldados de la Guerra de los Mil Días que envejecidos lamentan su miseria mientras hacen inventarios de batallas y prisioneros al servicio de los partidos políticos, estarán muertos hoy pero vivos en sus

relatos de 1938 o 1950. ¿Y el amor furtivo que ocultan los fondos de Juicios Criminales de la Colonia y la República no revelan la delicadeza de un rostro o las iras de un desencuentro o un desengaño fatal?

A más de haberse catalogado gran parte de los fondos existentes, el Archivo General de la Nación no es sólo un centro para el estudio del colonialismo español de la actual Colombia sino que contiene información documental sobre países como Venezuela, Ecuador, Panamá, Perú, Brasil, México y buena parte de Centro América, convirtiéndolo de hecho en un archivo continental. Además, hay una inimaginable documentación para la historia del siglo XX. Su crecimiento ha sido posible gracias a las políticas de transferencia gestionadas por la Dirección con instituciones públicas y privadas. Muchos fondos se han enriquecido como el de Baldíos, Ministerio de Defensa, Salud, Educación y por supuesto todos los que tienen que ver con los ministerios del Estado.

Es tradicional que los archivos y bibliotecas organicen Fondos Misceláneos en donde se encuentran documentos de todo tipo y lugar. En el Archivo General de Indias se llama Indiferente General, en el Archivo General de la Nación, Miscelánea de la Colonia, de la República o de Colecciones. Hoy nos alegramos de que ese fondo que se ha llamado Paquetes, sea una verdadera miscelánea para la historia del siglo XX. Hay ahí cartas de Maestros sobre el impacto de la canción popular en la moral y las costumbres. Reflexiones sobre la formación de un mercado de cancioneros y canciones gracias al mercado de las vitrolas y a la influencia del tango y el bolero. Hay letras de lo que tarareaban abuelos y bisabuelos en los años de 1930, informes de construcciones de escuelas públicas, relaciones de viajes, estados financieros de los municipios, lista de juicios criminales y de crímenes, informes políticos, descripción de ciudades y en fin todo cuanto un historiador reclama para la historia social, política, cultural y económica. Hay folios que evocan nombres, páginas que convocan la nostalgia, mapas que se pegan a la piel con sus paisajes.

Pero el Archivo General de la Nación no sólo recibe documentación sino que contribuye a organizar y a preservar archivos de importancia histórica, en un esfuerzo por defender la memoria dispersa del país. Además, muchas instituciones se han beneficiado con la asistencia técnica para la organización de sus archivos como la Fiscalía General de la Nación. Esto se realiza en virtud no solo de convenios sino de un principio de solidaridad que impide quitar a aquellos pueblos, ciudades o instituciones, archivos que son asumidos como vitales para el logro exitoso de sus funciones o porque consideran que ellos constituyen parte y fundamento de su

identidad. Con ello y en atención a la **Ley General de Archivos** se ha llamado a las localidades y a las provincias para que desde la administración pública contribuyan a tejer los retazos de sus quehaceres cotidianos con el fin de dibujar una idea de nación. Con un Estado apurado en los desencantos de la inercia y la falta de compromiso con sus ciudadanos, el Archivo General de la Nación se obstina por mantener él una sombra de esperanza y optimismo. Sólo desde las provincias y con la cultura se garantizará que la memoria permanezca y opere, no como una abstracción sino como fuente de derechos y deberes.

Pero nada de eso hubiera sido posible sin la fuerza oculta de la infancia y la juventud del amigo que hoy congratulamos. La solidaridad y el liderazgo universitario le llevó por Estados Unidos y desde entonces por el mundo. Llegó a conocer el Guadalquivir y otros ríos de España de los afectos. Por calles de cantos gitanos y coplas, de vinos y voces, por entre catedrales, mezquitas y palacios, en la estrechez de los balcones y junto a las flores que se descuelgan de las paredes de los patios, arrastró la picardía juvenil, la que nace de un logro, de una aventura exitosa. Por aquí buscó entre las capas de los toreros, las coronas doradas de los buenos vinos. Visitó Francia, Alemania y otros países europeos en busca de catedrales, música barroca y gregoriana y toda música clásica que escucha en medio de sus largos silencios. Culminó su doctorado en la Universidad de Sevilla, para ser luego un docente en Colombia y conocer luego archivos y bibliotecas del mundo. Un saber acumulado con pasión para la docencia, la investigación y la guía de su obra fundamental: el Archivo General de la Nación, obra perenne que no podrán destruir el tiempo ni los petardos y bombas asesinas.

Por ello, nuestra solidaridad con los sueños que Jorge Palacios ha logrado materializar: el Archivo General de la Nación, el Archivo Regional de Boyacá, los alcances de sus investigaciones sobre la esclavitud negra en Colombia, la resistencia de señores indígenas que defendieron sus pueblos con arrojo, la generosa entrega de sus conocimientos en las aulas universitarias, su liderazgo en el entorno de los archivos, en especial latinoamericanos, al lado de grandes colegas y amigos.

El claustro de Santa Clara, mágico recinto colonial, nos ha congregado para darle un abrazo al amigo, al académico, y alentarlo para que siga en su carrera de investigador, maestro y vigía de la memoria.